

## Olvidados

### NÁUFRAGOS EN TIERRA FIRME

Son 16 cubanos y llevan dos años viviendo en tres barcos en Bilbao y Cádiz



5

## Contrabando

### AL QAEDA MATA CON DIAMANTES

Víctor Bout (ex KGB) vende armas a los talibanes a cambio de piedras preciosas



6

## Clonación

### JESÚS II NACERÁ DE LA SÁBANA SANTA

Una secta de EEUU quiere clonar a Cristo utilizando la sangre del sudario de Turín



7

## Año Nuevo

### ESPAÑA, AÑO 2003, MINUTO UNO

Hubo 19.025 mensajes de móvil, el «Prestige» soltó 86 kilos de fuel, nació Ismael...



8

## Personajes

**Silvester Stallone.** El actor, tras varios fracasos, pretende «resucitar» a golpes / 11  
**Helô Pinheiro.** Vuelve, con 56 años, la chica de Ipanema / 12  
**Athina Onassis.** Cumple 18 años y hereda 1.560 millones de euros / 13

## La Historia

### Un error universal

El metro, que nació en 1799 para sustituir a la yarda, está basado en imprecisiones / 15

# CRONICA

AÑO XIV. NUMERO 377

DOMINGO 5. ENERO 2003

EL MUNDO



El sacerdote español Christopher Hartley Sartorius es el Bartolomé de las Casas de los cortadores de caña haitianos en República Dominicana. / REPORTAJE GRÁFICO: ILDEFONSO OLMEDO

## UN CURA EN EL INFIERNO

Viaje a República Dominicana, donde los haitianos viven en el infierno de la caña: braceros vendidos como ganado, deportaciones masivas, capataces armados... El sacerdote español Christopher Hartley Sartorius cambió una prometedora carrera en Roma para convertirse en «El padre» de unos hombres que en 2003 siguen esclavizados

ILDEFONSO OLMEDO  
Enviado a República Dominicana

Cae la noche sobre los cocoteros y se oyen los últimos cantos de los pájaros y los gallos de pelea. El colibrí ya no vuela. En el porche del barracón, sobre unas brasas, calienta un caldero ennegrecido por la miseria. Los oscuros hombres, derrotados por un día más de extenuante faena, se arremolinan inquietos. Hablan entre sí en *creole*, la lengua de los haitianos. Uno de ellos, en inglés, se dirige al cura que les visita

para saber si les han entregado colchones donde dormir. Después ya sólo caben las preguntas, pero nadie se atreve a romper la ley del silencio. Nadie ha visto, nadie ha oído. «Sí, padre, fue el guarda campestre del batey de Contador. Los cazó cuando intentaban huir. Les golpeó con el machete ahí, en ese barracón... Serían las cinco de la madrugada, aún no había amanecido. Dice que no les puede dejar escapar, que los jefes pagan demasiado por cada cabeza», confiesa finalmente un paisano que vence el miedo. Habla de seres humanos, no de

ganado. Las explicaciones terminan de sacar de quicio a Christopher Hartley Sartorius.

El sacerdote español lleva cinco años de misión entre los campos de caña de la República Dominicana y padece en carne propia los abusos sobre los haitianos, la esclavitud de la caña. «Nunca sirvas a quien sirvió», masculla el clérigo al saber que el guarda campestre (policía de las aldeas donde son recluidos los braceros) que esa mañana había apresado y apaleado a un grupo de cortadores era, como ellos, haitiano. «Merité, el

campestre de Contador», repetía enrabietado horas después el padre ante el administrador del ingenio al que pertenecen todos aquellos campos. Exigía justicia y el fin del maltrato. A sus espaldas, en una esquina del despacho de don Ricardo, el todopoderoso jefe que el Consorcio Vicini ha puesto al frente de la factoría azucarera Cristóbal Colón y que ahora oía las quejas del padre, un viejo cuadro mostraba a un descolorido Abraham Lincoln, el presidente de EEUU que abolió la esclavitud. Allí era el algodón. / PASA A LA PÁGINA 2

## REPÚBLICA DOMINICANA / UN CURA ESPAÑOL ENTRE ESCLAVOS

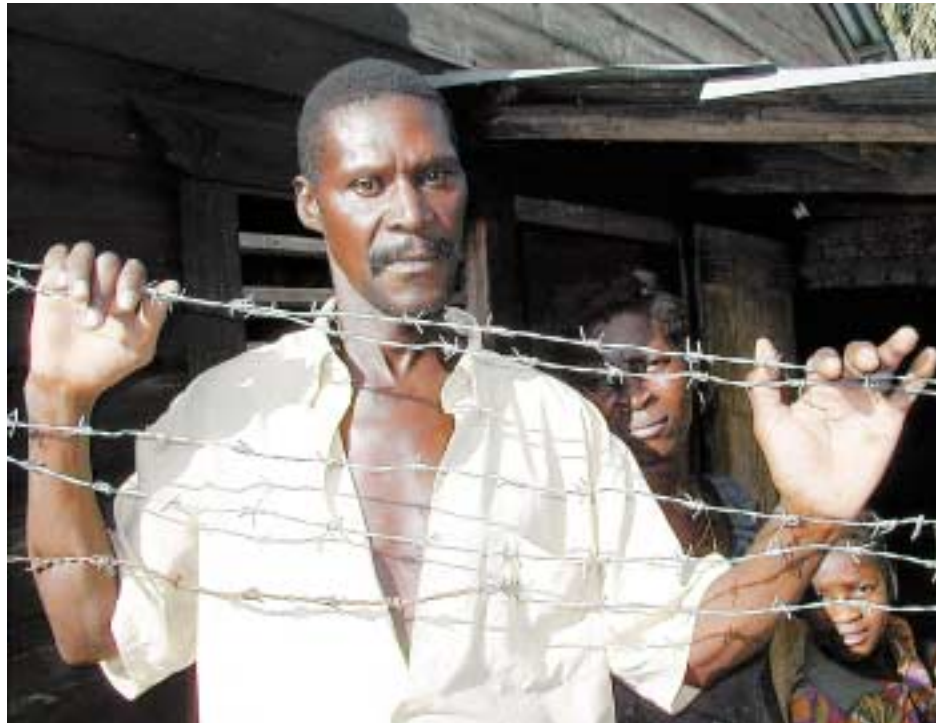
VIENE DE LA PÁGINA 1/ En tierras dominicanas, la caña de azúcar. Y hace sólo unas semanas, a principios de diciembre, que comenzó la nueva cosecha, la zafra 2002/2003.

Los embarrados caminos, cada mañana, se llenan de viejas carretas oxidadas, arrastradas por tractores, en las que viajan los nuevos cargamentos de hombres traídos sin papeles, con la complicidad del Ejército, la Policía y la presunta supervisión de funcionarios de Migración, desde la frontera con Haití. Es el negocio de la caña, con sus dulces riquezas y sus amargos sinsabores. La novela, de crudo realismo trágico, del batey, una palabra que oyó mil veces fray Bartolomé de las Casas y que desde su llegada a República Dominicana desazona al padre misionero Christopher Hartley Sartorius. De las Casas denunció ante los Reyes Católicos. Hartley Sartorius, ante el entonces presidente de la república en una visita que realizaba, en enero de 2000, al histórico batey Gautier: «Señor presidente, está usted en la antesala del infierno».

Batey, en la lengua de los taínos, los aborígenes exterminados en la antigua isla La Española, venía a significar la plaza común, el lugar de las ceremonias. Hoy resuena a gueto, a hombres esclavizados en plantaciones. El precio que cuesta cada bracero (apenas 48 euros) en la nueva trata del siglo XXI, es tan esquelético como el sueldo que reciben (alrededor de 80 euros mensuales si cortan tonelada y media al día).

A veces, el infierno se esconde tras un rostro paradisiaco. República Dominicana, Caribe y hermosas playas. «Por la temperancia suavísima y las tierras y árboles muy verdes, grandes indicios son éstos del Paraíso Terrenal», se engañó Colón cuando desembarcó en las islas.

Hay que meterse cañaveral adentro para oír las verdades. En sus cánticos en las plantaciones, los haitianos que cortan la caña para la potente industria azucarera de República Dominicana entonan en *creole* la historia de sus lamentos. Mocha en mano, cantan que van y vienen, que la inhumana zafra (cosecha de la caña) ayuda a que no mueran de hambre los familiares que dejaron en Haití, que si la muerte les llegara en-



**EL AFORTUNADO.** Ramil Taquil (49 años) llegó a tierras dominicanas en 1973. Tiene 10 hijos y ya no corta caña, es el encargado de unos barracones donde se hacían 400 braceros.

tre los cañaverales, Dios les acogería en el cielo. Cuando ellos callan, la caña cuenta su larga historia de esclavitudes.

«Vine de Haití en 1983 en un camión porque me dijeron que me pagarían 200 pesos por cada viaje de caña. Me engañaron para siempre. Allí dejé a mi primera mujer y un trabajo en una ferretería. Es hoy y no pagan más que 40 pesos (unos dos euros) por cada tonelada cortada». Ahora Simón tiene 35 años y se siente un viejo. A su lado está Juancho Chan, 41 años y también habitante de uno de los bateyes del ingenio Boca Chica que hasta 2000 pertenecía al Consejo Estatal del Azúcar (CEA). «Crucé la frontera para trabajar y no gané para volver», resume. En sus palabras asoma el eco de la novela *Over*, publicada en los años 40 por el escritor dominicano Ramón Marrero Arísty: «Todas las mañanas, antes de salir

el sol, desfila la turba harapienta, maloliente —con un hambre que no se le aparta jamás— camino del corte, como una procesión de seres sin alma... Veo sus siluetas y los golpes de sus mochilas me encienden la angustia. ¡Hasta cuándo los hombres vivirán como bestias!».

Se oye el crujir de la caña, el grito del mayordomo despertando a los haitianos para que amanezcan con el sol en pleno tajo, el murmullo de

nero en aquellas tierras, también sobre vuelan los campos las palabras que el sacerdote español Christopher Hartley Sartorius escribe a amigos y feligreses en sus *Cartas desde la misión*. «Al mirar la caña, tan alta, tan callada, balanceándose de un lado a otro según sopla el viento, he aprendido, sobre todo, que la caña habla, habla sí, de la vida y de la muerte de pobres hombres doblados de dolor, doblados de silencio,

doblados de cansancio, doblados de sangre y muerte. ¿Cuántas vidas habrá devorado inmisericorde la caña? El abono de estos campos son la sangre, las lágrimas y el sudor de tantas y tantas vidas de dominicanos y haitianos emigrantes, venidos aquí —incluso traídos— buscando el paraíso en la tierra para luego encontrarse con tan solo un taparrabos y un machete ante el infierno de la caña... ¡Y pensar que toda la caña (cientos y cientos

### «EL ABONO DE ESTOS CAMPOS ES LA SANGRE DERRAMADA POR LOS BRACEROS», DICE EL MISIONERO

los vagones que llevan la cosecha hasta los ingenios (fábricas) para la molienda, las voces ásperas de los capataces de pistola al cinto montados a caballo, el viejo *quejío* de denuncia de las sociedades antiesclavistas y de derechos humanos.

Desde que en 1997 se hizo misio-

de kilómetros) de esta zona del país pertenece a una sola familia!».

Palabra del padre. Así lo llaman todos, *El padre*. Lo hacen los Vicini, la dinastía local más poderosa —tuvieron hasta un presidente de la república y la firma del patriarca valía en 1898 tanto como el papel moneda— del negocio del azúcar. Son los descendientes del inmigrante italiano Juan Bautista Vicini, que a finales del siglo XIX contribuyó al resucitar de una industria que conoció sus albores al poco de la llegada de Colón a La Española con semillas de caña traídas de las Canarias. *El padre* lo llaman también los vecinos del pequeño pueblo de San José de los Llanos, provincia de San Pedro de Macorís, que con su llegada se vieron reconfortados por tener a mano a un sacerdote católico tras 10 años sin que nadie les cantara una misa. «El vudú aquí aterroriza a la gente... El Evangelio que yo les traigo les libera».

### 4.000 BAUTIZOS

En la gran llanura oriental dominicana, la mayor del Caribe, *Padre* es también el nombre que pronuncian con devoción los niños (ya va para 4.000 bautizos) que se arremolinan a su paso cuando Christopher visita como un penitente los bateyes, las miserables aldeas perdidas de los braceros. El padre, que no regala silencios a los hacendados y poderosos de la tierra, se ha convertido en la voz de los más pobres, heredero en su labor más social de su admirada Teresa de Calcuta, con la que compartió enseñanzas en la India y a la que confesó en más de una ocasión. Todavía tiene pena honda por no haber podido ir al entierro de su amiga.

Cuando la madre Teresa falleció, el 5 de septiembre de 1997, Christopher iba camino de un pueblo perdido entre los cañaverales. Un compañero de seminario con parroquia en la zona, el gaditano Antonio Diu-faín, le había terminado de convencer. Como años atrás le convenció la madre Teresa de que abandonara Roma, donde se había doctorado en Teología y estaba llamado a ascender a las alturas de la curia, para hacer misión entre los hispanos de Nueva York. Durante 13 años, el sacerdote nacido hace 43 en el Londres paterno y que creció desde los



**ABANDONADOS.** Más de 40.000 familias viven sin agua ni luz entre los cañaverales. Segregados del resto de la población, tienen una tasa de analfabetismo del 61%.



**EL MAL DE BUBONA.** El sida y otras enfermedades se ceban con la gente de las aldeas cañeras. Bubona, 34 años y siete hijos, sufre epilepsia. En un ataque, cayó sobre la lumbre y se abrasó.

cinco en el Madrid de su madre, se había sumergido en el Bronx. En aquel viaje a su nueva tierra de misión, Christopher no dejó de recordar a la pequeña mujer que osó vestir a su congregación con las ropas blancas y azules de los intocables de la India para entregarse a los parias.

Vestido con negro clediman y blanco alzacuellos, el sobrino del histórico comunista Nicolás Sartorius y primo de Isabel, ha logrado hacerse un hueco en el corazón asaeteado de la caña. Ya se lo dijo su tío cuando le anunció que se marchaba al seminario, con apenas 15 años. «Sólo te pido que no seas, como sacerdote, un tonto útil». Y a fe que no lo es. Algún día, quizás, se atreva con el proyecto que le merodea: escribir un libro sobre los cortadores de caña, condenados, por los siglos de los siglos, a una existencia que no es vida. El título ya lo tiene pensado: *Esclavos en el paraíso*. Hablaría de Marta, la feligresa comida por las ratas en una casucha que nunca le perteneció; de gente que es tan pobre que cuando muere le tienen que fabricar el ataúd con las maderas de su casa. Ya en su tercera carta desde la misión, al poco de estar como párroco en San José de los Llanos, tituló el escrito *Siempre es Viernes Santo en el Cañaverl*.

A la parroquia de Los Llanos está adscrito el batey Peso Enmedio. Un derruido molino de viento a las afueras de la aldea, junto a la vía ferroviaria por donde transitan los trenes cargados de caña hacia el ingenio, es la huella aún viva del paso del huracán George por toda la isla en 1998. Timalli Yac está tumbado sobre el suelo, en la puerta de su casucha de madera y techo de zinc. Desde que hace un año dejara el trabajo de la corta, sobrevive, medio ciego, gracias al trocito de tierra (conuco) que el encargado de la plantación le deja cultivar. Hijo de inmigrantes, tiene tantos años, 88, como tiempo llevan los haitianos cortando la caña en República Dominicana. Los trajeron primero los marines durante la invasión estadounidense (1916-1924) de la parte hispana de la isla. Recluidos desde entonces en las aldeas-guetos, son carne de cañón en una tierra donde la única ley es la que marca la siembra, el cultivo y el



**¿DOMINICANOS O HAITIANOS?** Muchos de los habitantes de los bateyes, pese a haber nacido allí, no son reconocidos como dominicanos por ser hijos de braceros haitianos.

corte. Y la del capataz de turno, se llame superintendente o mayordomo. El resto, incluido el Código Laboral, es papel mojado.

La historia de la caña en esta isla caribeña es también la del propio país. Hasta mediados del XVII, fue uno de los pilares de la colonia española. La industria, con mano de obra africana suministrada por la trata de esclavos, luego se perdió para renacer a finales del siglo XIX. La ocupación norteamericana propició el despegue definitivo del sector. Desde los años 20 hasta la pasada década de los 80, la industria azucarera fue la espina dorsal de la economía dominicana y su principal fuente de divisas. La estructura empresarial del sector quedó marcada por la dictadura de Rafael Leónidas Trujillo (1930-1961), quien en la última década de su gobierno logró hacerse con la propiedad de la mayoría de los ingenios del

país. Sólo dos empresas privadas, Central Romana (entonces de la South Porto Rican Sugar Company) y Consorcio Vicini (de capital dominicano), escaparon a sus tentáculos. Entonces concentraban el 30 y 10%, respectivamente, de toda la producción nacional de azúcar. La situación se ha invertido. Hoy Central Romana es la mayor productora del país, seguida de Casa Vicini. La situación de los bateyes, sin embargo,

sin luz, sin agua potable, sin letrinas las más de las veces, sin voz. Tampoco tienen papeles ni contratos de trabajo pese a dejarse la piel bajo un sol que les marca como hierro candente. El 10% de la población es dueña del 90% del territorio nacional.

El tráfico de braceros de Haití sólo fue regulado a partir de 1952. El mismo Trujillo que en el 37 protagonizó una matanza de 12.000 haitianos en las zonas fronterizas, atemperó su

antihaitianismo y, ya dueño de numerosos ingenios, alcanzó un acuerdo intergubernamental con el país vecino para regularizar la contratación de cortadores de caña.

El sistema sobrevivió al dictador y se mantuvo en vigor hasta la caída en Puerto Príncipe (capital de Haití) del régimen de los Duvalier en 1986 y la expulsión del país de *Baby Doc*. El Estado dominicano, en esos años, compraba al haitiano los braceros, que luego realquilaba a los ingenios

### SE COMPRAN BRACEROS A LOS TRAFICANTES COMO SI FUERAN GANADO: 48 EUROS POR CABEZA

no ha cambiado.

A pocos kilómetros de los centros hoteleros de La Romana y Punta Cana, del campo de golf Diente de Perro y de las mansiones de Julio Iglesias y Óscar de la Renta, miles de personas viven cada zafra en infectos barracones y casas de hojalata

del país. En los años 80 el pago por los inmigrantes —oficialmente eran «gastos administrativos de reclutamiento»— suponía un monto total superior a dos millones de dólares.

Los complejos azucareros privados, supuestamente al margen de aquella compraventa, llegaban a emplear hasta 15.000 braceros. Si a ellos se suman los 19.000 de los ingenios estatales que dejó Trujillo a su muerte, el movimiento anual por la frontera era en realidad de 34.000 hombres. Hoy las cifras que maneja el padre Christopher son algo menores. Calcula que este año vendrán para la zafra ya iniciada —dura hasta junio— unos 20.000 haitianos. Y sostiene que el comercio de hombres, que persiste clandestinamente supervisado por uniformados, moverá pagos a autoridades y sobornos por unos cinco millones de dólares.

### DEPORTACIÓN MASIVA

En el libro-informe *Tras las huellas de los braceros*, publicado hace cinco meses, el abogado Esteban Sánchez, director del buró de asistencia legal de la Plataforma Vida, denuncia que se ha generado en el país «una mafia que opera a nivel nacional manejando grandes sumas de dinero e involucrando a autoridades civiles, judiciales y militares». Todo se tiñó de clandestinidad, explica, cuando con la caída del régimen de los Duvalier «termina en Haití la práctica gubernamental de vender seres humanos para la explotación de su fuerza laboral en los ingenios azucareros de República Dominicana». Se les trae para que trabajen sin derechos y terminada la zafra se les deporta masivamente.

«Conseguirlos cuesta mucho dinero para que después quieran irse», dice el jefe de campo de uno de las plantaciones de la zona del padre Christopher. Ante el sacerdote, no se atreve a hablar de «cabezas compradas». Es, pistola al cinto, la voz de su amo: «La compañía paga por cada hombre entre 1.000 y 1.200 pesos (unos 49 euros). El carné y demás documentos de Inmigración cuestan 600 y otro tanto hay que pagar al inspector». No habla del papel de los *buscones*, encargados de cruzar la frontera para la recluta del personal. Se ve que el / PASA A LA PÁGINA 4



**EL TRANSPORTE.** Grupo de haitianos recién traídos para la zafra o cosecha. Los dueños de los ingenios azucareros pagan por ellos unos 1.000 pesos (48 euros).



**EL CAPATAZ.** Los jefes de los campos van armados y siempre a caballo. Entre sus misiones está evitar que los cortadores huyan de la plantación a la que son asignados.

## REPÚBLICA DOMINICANA / UN CURA ESPAÑOL ENTRE ESCLAVOS

VIENE DE LA PÁGINA 3 / jefe quiere agradecer al sacerdote. «Anoche llegaron 400 y enseguida he mandado a pedir que les traigan los colchones. Este año cobran 43 pesos (poco más de dos euros) por tonelada de caña». El promedio por cortador oscila entre 1,5 y 2 toneladas/día, en jornadas que empiezan a las seis de la mañana y no acaban hasta el crepúsculo. Cobran cada 14 días y nunca en metálico, sino en vales canjeables en los colmados de la zona, que se quedan con el 20% de cada ticket.

Una mañana, de las muchas en las que el padre Christopher recorre los bateyes de su parroquia, un viejo cortador sin nombre se acercó para hablarle: «Diga allá, en España, que el azúcar aquí no es dulce sino amargo. Tampoco es blanco, porque tiene del color rojo de la sangre vertida por tantos braceros». Recordó entonces el misionero la cita con la que se abre la novela *Azúcar Amargo*, del periodista francés Maurice Lemoine, que acababa de leer. «Este libro se dedica a la memoria de Millien Beaubrun, cortador de caña haitiano asesinado con 15 balas de rifle M-1 en la espalda, el 7 de julio de 1980 en el cuartel militar de Palmarejo, ingenio Catarey. Su crimen era imperdonable. Se negó a continuar trabajando sin ser pagado. Le había dicho no a la esclavitud».

Hace algo más de dos años que Hartley Sartorius es el nuevo Bartolomé de las Casas de los cortadores de caña. O el eco del sermón del dominico fray Antonio de Montesinos, el primero en alzar la voz en favor de los indios allá por 1511: «Con qué derecho... ¿Es que acaso no son hombres?». Christopher, cinco siglos después, dice hablar en nombre de todo su obispado. «Se alzó la voz de la Iglesia firme como una trompeta ante el señor presidente de la república y frente a los poderosos oligarcas de esta isla», escribió en una de sus cartas desde la misión. Y no fueron sermones en el desierto. El grupo azucarero más antiguo del país, Casa Vicini, accedió a negociar con él futuras mejoras en las condiciones de vida de los braceros.

Aunque no ha sido el primer religioso en pregonar las miserables condiciones de vida de los haitianos en la zafra, sus palabras han llegado más alto que ninguna. Sacerdotes como el también español Julio Silla o el belga Pedro Ruquoy, quien trabaja desde la Pastoral Haitiana y la Plataforma Vida, le precedieron en la denuncia. Christopher lo que hizo, explica Noemí, la abogada nacida en un batey que hoy trabaja para el Episcopado, fue «destapar la olla» en el momento oportuno. Al privatizarse los ingenios estatales, los políticos han dejado de sacar tajada del azúcar y ya no hay tantos intereses en juego.

Séptima de ocho hermanos, Noemí es una historia de superación personal. Su familia escapó del cerco de miseria de los bateyes. «De las niñas con las que yo jugaba de pequeña, muchas terminaron murien-

do de sida y en la prostitución... Pero mis recuerdos infantiles del batey son agradables. Descubrí su cara oscura cuando estudiaba Derecho, con las repatriaciones masivas de haitianos en los 80 y los 90». Ahora, además de asesorar al padre, Noemí ayuda a las comunidades que están siendo despojadas de sus tierras por las grandes compañías hoteleras. El turismo ha sustituido al azúcar de caña como motor del país.

A veces, Noemí teme por la integridad física del padre. Sabe, porque también le ha acompañado en su larga lucha, las amenazas e intentos de asesinato sufridos por Pedro Ruquoy. El clérigo belga, que vive pobrememente en el batey 5 del ingenio Barahona, lleva más de 27 años entregado a la causa de los inmigrantes. «En batey Gautier, padre Hartley es la salvación», decía el periódico *Listín Diario* al comenzar 2002. Ya para entonces se habían celebrado varias reuniones con los propietarios de los ingenios que operan en los 1.000 kilómetros cuadrados donde Christopher predica, con palabras y obras, el Evangelio. Él siempre dice que San José de los Llanos está cerca del lugar donde se celebró la primera misa en el Nuevo Mundo (6 de enero de 1493).

Cada vez que se sienta ante el heredero de la poderosa casa, Juan Bautista Vicini, el padre dice más. Habla de gente como André Francoise, 69 años, 24 de ellos gastados segando caña en el batey Contador. Aún hoy, enfermo, solo en un camastro de mala muerte y sin dinero, carece de cédula (DNI). Habla de braceros como Quico, treintañero nacido en un batey que sí tiene documentos (Eddy Charles René, reza en ellos) pero que en toda su vida le han dado a firmar un contrato.

Tampoco se olvida el cura de los miles de niños y hombres que, montados en carromatos para animales, llegan cada mañana recién traídos de Haití y reciben los únicos papeles que de veras hablan de su condición: una mocha, un galón de agua y, con suerte, un colchón para no dormir sobre el suelo o los alambres de las literas. «La Iglesia está aquí con ellos, para gritar a su lado», dice siempre. No pretende, como aquellos españoles llegados en carabela, conquistarles el paraíso, pero tampoco que se conviertan en espectáculo de feria de los safaris turísticos a los bateyes que organizan los hoteles. El padre es un hombre tenaz. «Vivo en este infierno porque un hombre que una tarde de viernes se dejó matar por amor sobre un duro leño, pronunció mi nombre con ternura incomprensible... Para mí estos cañaverales no son sino su gólgota de amargura, la caña cruz de todos los sufrimientos, y estos pobres

son icono y figura de un Cristo roto a quien quisiera, por amor, darle la vida». Palabra del padre.

Alumbra el último sol sobre los cocoteros. Los hombres del barracón otra noche se arremolinan inquietos. Habla la caña.

### HAY QUIEN TEME POR LA VIDA DEL PADRE HARTLEY

### NO LES PAGAN CON DINERO, SINO CON VALES



**RACIÓN DIARIA.** En esta cosecha serán más de 20.000 los cortadores de caña. Lo único que tendrán durante seis meses será una mocha, un galón de agua, una ración diaria de comida y, a veces, un colchón para no dormir sobre los hierros de las literas.

## UN PAÍS DE MUCHA CAÑA

A las plantaciones de caña de República Dominicana ya le pasaron las horas más dulces. Hasta la década de los 80, cuando entraron en una crisis profunda los ingenios estatales, el azúcar fue la columna vertebral de la economía dominicana. Hoy le ha tomado el relevo el turismo, aunque el 12% de la superficie cultivada del país sigue siendo cañaveral. La producción fundamentalmente está destinada al mercado de los EEUU.

**Exportaciones.** La práctica totalidad de la producción es adquirida por los EEUU. En la última zafra, 2001-2002, se enviaron al mercado estadounidense 185.335 toneladas de azúcar. En la actualidad, el azúcar no alcanza ni el 20% de las exportaciones del país. España no importa este condimento de República Dominicana.

**Crisis.** A partir de mediados de los años 80, el sector azucarero dominicano sufrió un acentuado proceso de crisis que culminó, a principios de 2000, con la privatización por el sistema del arrendamiento de todas las azucareras. Hasta entonces pertenecían al Consejo Estatal del Azúcar (CEA). Así, si en 1986 se produjeron 454.463 toneladas del dulce, en 1996 la producción había descendido hasta 196.826 toneladas.

**Privatizaciones.** Tras el arrendamiento del CEA de sus fábricas y campos (sumaban más de 200.000 hectáreas), el sector azucarero está hoy en manos privadas, de capital extranjero en su mayoría. Las dos compañías que convivieron con el emporio estatal dejado en herencia por el dictador Trujillo, Central Romana y Consorcio Vicini, suman hoy más del 60% (49,55 y 10,82%) de la cuota preferencial que le tiene asignada al país EEUU. En total, ocho grupos azucareros operan en República Dominicana. ¿Y el mercado interno? «Siendo éste uno de los primeros productores de caña del mundo», escribe Christopher Hartley Sartorius en una de sus *Cartas desde la misión*, «el azúcar que aquí consumimos es casi toda ella importada».